

**VOLAR EN EL ESPACIO. BORDEANDO LAS LEYES DE LA GRAVEDAD**

**Sobre el Centro de Mayores de Pablo Fernández Lorenzo y Pablo Redondo en  
Villar del Buey, Zamora**

PUBLICADO EN

Pensar con las manos. Ed. Nobuko. Buenos Aires, 2009

## **VOLAR EN EL ESPACIO. BORDEANDO LAS LEYES DE LA GRAVEDAD**

Sobre el Centro de Mayores de Pablo Fernández Lorenzo y Pablo Redondo en Villar del Buey, Zamora

En mi última visita al MOMA de Nueva York, descubrí un pequeño cuadro de Paul Benson que mostraba la imagen de un misterioso plano alargado flotando en el aire. Como un puente de aire en el aire que casi volara. Y me trajo al recuerdo el último edificio construido por dos jóvenes arquitectos de Madrid: Pablo Fernández Lorenzo y Pablo Redondo. Un bellissimo edificio puente que flota enigmático, que casi vuela, sobre un paisaje de topografía fuerte. El lugar, las afueras de Villar del Buey, un pueblo de la provincia de Zamora. La función, una residencia de mayores para gente de la zona.

El edificio es como un gran puente de 80 metros de largo por 12 metros de ancho y de una sola planta, que se apoya en sólo tres puntos, las rocas más emergentes que distan entre sí 43 y 21 metros respectivamente. La imagen final es muy impresionante y el planteamiento impecable.

Estructuralmente es, no podía ser de otra forma, una gran viga puente triangulada que luego se elementa, se viste convenientemente. Con cubierta y “vientre” metálicos. Los puntos de apoyo son muy claros: un empotramiento fijo al centro, un apoyo en libre dilatación un lado y una articulación al otro.

Si el papel de la estructura es siempre no sólo el de transmitir las cargas correspondientes a la tierra, sino además el de establecer el orden espacial de los edificios, aquí se hace de manera ejemplar.

El origen de toda esta radical operación es la decidida voluntad de casi no tocar la naturaleza sobre la que se posa el edificio. Lo que tantas veces hiciera Mies van der Rohe, se consigue aquí plenamente. Otro cuerpo del edificio con los elementos de servicio se resuelve de manera opuesta, con un volumen que se enraíza con la propia tierra sin solución de continuidad., incluso en el material con el que se cubre, la piedra. Una vez más la distinción que tan bien planteara Gotfried Semper y luego Kenneth Frampton entre lo tectónico y lo estereotómico. Entre la cueva y la cabaña.

En sus materiales y en sus detalles se resuelve la obra con gran sencillez, dentro de la máxima economía de medios.

Al mismo tiempo que esta obra, en la que emplearon casi cuatro años, Pablo Fernández Lorenzo inventaba, diseñaba, construía y le premiaban una pequeña gran mesa desplegable que es como un trasunto del edificio que comentamos: una mesa metálica de tapa y patas de acero que mide, cerrada, 70x140 centímetros y con 70 centímetros de altura. Cuando las alas de sus costados se

despliegan alcanza, lógicamente, las dimensiones de 70x280, parece que fuera a echar a volar. Tan sorprendente y estupenda como el edificio.

Y es que bordear las leyes de la gravedad, volar en el espacio, como durar en el tiempo, ha sido siempre una vieja aspiración del hombre rebelde. Así lo hicieron siempre los mejores arquitectos para levantar sus mejores obras. Como estos arquitectos.